



## REVISIÓN CRÍTICA

Schindel, Estela y Colombo, Pamela (Eds.)

*Space and the Memories of Violence: Landscapes of Erasure, Disappearance and Exception*

Londres: Palgrave Mcmillan, 2014, 388 pp.

David Casado-Neira\*

\* Universidade de Vigo  
dcneira@uvigo.es

Estela Schindel y Pamela Colombo nos presentan en este volumen un recorrido múltiple sobre la violencia espacial y la violencia en el espacio. Múltiple en su configuración geográfica (Camboya, Polonia, Argentina, España, Alemania, Turquía, entre otros) y disciplinar (historia, geografía, sociología, ciencias políticas, literatura, estudios culturales, filosofía, arquitectura y teatro). Del volumen cabe destacar tres logros. El primero la aportación de los/las diferentes autoras (18 en total) que nos arrastran por variados paisajes en los que se pueden rastrear las huellas de la violencia estatal extrema y de los regímenes de excepción. El segundo, el valor teórico de la introducción, que nos ofrece de forma condensada, clara y de largo alcance una presentación y crítica de las aproximaciones académicas al tratamiento del espacio, situándolo como actor social, más que como un mero escenario de lo social. El tercero tiene que ver con el debate interno de las ciencias sociales: espacio, memoria y violencia son los elementos de una ecuación que se va asentando cada vez más, pero lejos de llevarnos por el camino del memorialismo, en este libro se avanza de forma audaz en otras posibles lecturas del espacio violentado y de la violencia espacial, en el que la memoria está presente pero no fagocita las posibilidades de interpretación.

Es un libro múltiple por la diversidad de enfoques y autores/as aunque se respira “cierto aire de familia” de vindicación del uso político del espacio. El volumen está organizado en cuatro diferentes bloques y un extra: (i) la inscripción espacial del aniquilamiento, (ii) la representación de la violencia (estrategias espaciales), (iii) espacios poseídos, memorias interrumpidas, (iv) espacios de excepción, poder y resistencia. Se cierra con una entrevista realizada en 2011 a David Harvey.



Dentro del primer bloque James A. Tyner nos lleva a través de una visita incómoda por los lugares paradigmáticos del genocidio de los Jemeres Rojos en Camboya (1975-1979): el Museo del Genocidio Tuol Sleng y el Centro para Crímenes de Genocidio Choeung Ek. Tylor establece tres momentos en la política de las memorias. Así contrasta el primer momento, el objetivo inicial de los Jemeres Rojos en el que se hizo desaparecer cualquier rastro personal, emocional e histórico de los lugares con la intención de crear una utopía comunal —lo que dio lugar a un no-lugar— con el primer proceso de museificación de Tuol Sleng, segundo momento. En este antiguo centro de tortura y desaparición masiva se ha mantenido casi intacto el lugar desde su apertura en 1979, con el objetivo no de comprensión del genocidio, sino de marcar el hito entre los Jemeres Rojos y el nuevo gobierno de la República Popular de Kampuchea. El tercer momento, nos muestra cómo ambos lugares de la memoria, no se preguntan ni dan respuestas al origen de los asesinatos. Más allá quedan los más de 300 centros de exterminio “no marcados”, en los que persiste el recuerdo de sus habitantes de la cotidianidad de la barbarie.

A continuación Zuzana Dziuban nos habla de otros dos monumentos para la memoria, en este caso de los campos de exterminio nazi Belzec y Sobidór en Polonia. Ambos, rediseñados en la actualidad, se abordan como encuadres selectivos de la memoria de los judíos muertos bajo el nacional-socialismo, en campos en los que los propios polacos participaron de forma activa. A eso se suma el hecho de que el terreno haya sido expoliado por cazadores de tesoros patrios. La política del (des)encuadre subyace en el arte conmemorativo en términos del duelo inscrito en el espacio. Coincidiendo con la argumentación del caso anterior, la ausencia de una problematización de los lugares en la memoria polaca del Holocausto nos habla de cómo la recuperación de una víctima genérica deja fuera de marco las relaciones de “lo polaco” con “lo judío”, dando por supuesta una diferencia implícita.

En un salto geográfico más llegamos al monte tucumano del norte argentino. Pamela Colombo nos retrotrae a un pasado presente, la ocupación territorial por parte del ejército del monte y las poblaciones de Tucumán en 1975. Más allá de la represión directa el espacio rebelde va a ser desfigurado y reconfigurado en un proceso de desterritorialización llevará al desmantelamiento del espacio rebelde junto con la desaparición de los sujetos que lo encarnaban y lo hacían posible. Pero, también, llevará al desplazamiento de la población y la fundación de nuevos asentamientos, que conllevó a la creación de lugares vacíos y zonas de no acceso. La reubicación de los habitantes ilustra una lógica del control espacial en la que el objetivo no



es hacerse tanto con el control físico del lugar sino con su dominio simbólico. Lo que constituye el monte como un terreno residual, sin valor social, ligado a todo lo que quedó fuera de ese orden.

Este bloque se cierra bajo la superficie o, en palabras de Francisco Ferrándiz, subterro. La apertura de las fosas comunes en España a partir del año 2000 ha llevado a una reubicación espacial de los muertos, han reaparecido generando hondas tensiones y controversias décadas después, como invitados no deseados o, por la contra, largamente esperados. Así recuperan hoy una vida de "trastumba" en cinco ámbitos (asociativo, político, mediático, judicial y científico), todos ellos inscritos en el espacio. Pero también se opera un cambio en las estrategias de apropiación (o adscripción), las comunidades de muerte están dando paso a un proceso de individualización por obra de la medicina forense (el científico) los paseados (o desaparecidos del franquismo, en esa terminología recientemente adoptada) son sacados del subterro para pasar a configurar una emergente, y rápidamente consolidada, "ciudadanía biológica transnacional".

El nacimiento de la nueva ciudadanía no se puede entender sin el impacto de ambas guerras mundiales en la configuración del nuevo mapa geopolítico y el surgimiento de la Liga de las Naciones que asentará los cimientos de la ciudadanía universal. En este marco Jay Winter problematizará, quizá en el capítulo menos explícitamente espacial de todos, sobre la representación del terror bélico en las artes plásticas como la pintura, escultura o instalaciones en Occidente. A partir del siglo XX la representación de los efectos de la guerra ya no se centrará en la cara de las víctimas que muestran su horror, se dará paso a una representación impersonal —tesis problemática al dejar fuera del análisis el papel de la fotografía que juega un papel fundamental precisamente en la segunda gran guerra—, pero introduciendo al final la sugerente idea de cómo a partir de los 70 la voz de los testimonios reales va llenando los espacios artísticos de la memoria. Así se abre el bloque de la representación de la violencia.

Y llegamos a un punto de inflexión, Juan Mayorga rompe por un momento la carga teórica del libro al describir la génesis de su obra de teatro *El cartógrafo*. El texto de la pieza, incluido en forma condensada, juega con el presente y el pasado, con la Varsovia actual y la del ghetto. No puedo más que recomendar leer el original en castellano y la presentación que hace aquí. Pone sobre la mesa de discusión el mapa: el gran demiurgo del espacio. Cómo el mismo indica, los mapas nunca son neutrales, y en su detallismo se diluye la pregunta inicial ¿qué se incluye y qué se deja fuera? Pero tampoco neutro es el teatro,



que “no puede hablar en vez de las víctimas, pero puede asegurar que su silencio sea oído”.

Del artefacto mapa pasamos al cronotopo. Con el texto de Kirsten Mahlke se abren otras aportaciones en las que la dimensión tiempo entra también en juego, ampliando el giro espacial. La autora nos recuerda también la oportunidad de distinguir entre horror (concreto identificable) y terror (abstracto y amenazante). En esta línea lleva a cabo una crítica de la centralidad de la traumatización en el campo de las víctimas como una patología psicológica, para abordarla como una herramienta de control político en donde el espacio-temporal del terror más pequeño es la celda. A través de manuales y testimonios de tortura plantea cómo se establecen los mecanismos espacio-temporales de manipulación que infectan tanto la percepción como la representación, con la consecuente pérdida de credibilidad del testimonio. Espacio, tiempo y palabra.

La palabra escrita será el tema de Mariana Eva Perez quien con el análisis del teatro contemporáneo argentino (TXI = Teatro por la identidad) nos traslada a la “casa sin hogar” a la que fueron a pasar miles de niños y niñas desaparecidos durante la dictadura 1976-1983. Es sintomático el paralelismo que muestra en el arranque al comparar la política del robo de bebés franquista con el caso argentino, no por los puntos en común (anticomunismo e integrista católico), sino como muestra de cómo está emergiendo una figura del desaparecido español que se refuerza en vínculos transnacionales. El estado dictatorial se otorga la capacidad de castigar a las familias haciendo desaparecer a sus hijos e hijas para que no lleguen a contaminar el tejido social. La “casa sin hogar” es el espacio en que se pone en marcha una biopolítica de las familias.

El bloque de los espacios encantados y las memorias disruptivas entra de lleno en el debate de la memoria de los judíos en el Holocausto, en este caso de la Alemania post-bélica, y tras la reunificación. Aleida Assmann partiendo de las prácticas memorialistas reflexiona sobre el peligro de que los grandes y nuevos enclaves eclipsen los lugares auténticos de la memoria. La tensión que se genera entre unos y otros (a los que se suma otro eje en clave de identidad nacional y regional) nos desvela las complejidades de la activación de la memoria ante lo desapercibido y cotidiano. Su tesis se articula sobre la contraposición de lugares de la memoria voluntarios (como el monumento del Holocausto en Berlín) con intencionalidad de modelación de la identidad con otros involuntarios (Topología del terror y el Hotel Silver —Berlín y Stuttgart—) que permanecen olvidados hasta que, al ser recuperados, confrontan a la sociedad con su historia.



Hay otros lugares involuntarios como la casa, por la que nos guía Silvana Mandolessi. A través de la idea freudiana de “lo inquietante” nos lleva a la casa encantada, el espacio que pierde su familiaridad porque ha sido alterado. Partiendo de la literatura argentina postdictatorial se centra en dos representaciones espaciales paradigmáticas: la afectividad del terror y la afectividad evocada por la ausencia del desaparecido. La figura del desaparecido es asimilada pues a la del fantasma, una figura liminal entre la vida y la muerte, la presencia y la ausencia, el pasado y el futuro, lo que le lleva a abordar la ocupación de un espacio por una ausencia (sobrehabitado —la casa encantada—) y el espacio que deja el desaparecido o la ocupación de un espacio espectral (la materialidad de la ausencia). Ambos espacios anómalos simbolizan la afectividad y el afecto, no emocional, sino político.

Las desapariciones forzadas tan ancladas en el imaginario de la violencia política del Cono Sur van ganando presencia en otros contextos. Muestra de ello el texto de Meltem Ahiska sobre las Madres del Sábado que en 1995 iniciaron sus acciones en Galatasaray para irse extendiendo a otras partes de Turquía. En esta ocasión las Madres del Sábado reubican en el espacio-tiempo la memoria de los/las desaparecidas generando una concepción opuesta al discurso oficial de orden nacional-capitalista (sic). La fractura de ese espacio-tiempo hegemónico se lleva a cabo portando los retratos de los/las desaparecidas, llenando ese espacio con el rastro visible de su existencia, que fue real. El silencio de las portadoras lleva a hacer a hablar a esas imágenes silentes, que ocupan el lugar con su alocuacidad, que testimonia el vacío. Vacío que presenta una doble dimensión: la de la pérdida y la del anonimato del perpetrador, en donde se une la dimensión íntima de la persona querida y la política, que reclama a través de la denuncia silente la devolución, no ya de la vida, sino de la certeza de la muerte. Si cabe demanda mucho más política y transgresora.

Gabriel Gatti vuelve a la matriz del detenido-desaparecido para catapultarlo al ámbito global del humanitarismo internacional. Partiendo una serie televisiva (*Treme*) arranca formulando la posibilidad de vivir en un universo que de repente deja de tener sentido, en el que el contexto se escurre como un puñado de arena seca. En uno u otro caso (el huracán Katrina ficcionado y la dictadura argentina histórica) la catástrofe emerge como un agente autónomo que absolutiza el espacio y el tiempo, erigiéndose como centralidad última que canibaliza cualquier posibilidad de generar (encontrar) sentido. Ante este vacío se ha ido estableciendo una técnica médico-forense que ha emergido como única posibilidad de anclaje para generar un significado: el de identificar los



restos y devolverles su identidad biológica, articulando la identidad social, familiar e histórica. Proceso en el que el problema político se convierte en un problema de orden científico-técnico, apropiándose de toda atribución de sentido.

De la técnica de recuperar una identidad Estela Schindel nos transporta a los antecedentes: la aniquilación de la identidad y borrado de cualquier rastro. La práctica de los vuelos de la muerte se hace paisaje en el Río de la Plata. La relación contradictoria de la ciudad de Buenos Aires hacia su río, que la atraviesa pero al que le da la espalda, sirve de imagen para ilustrar lo abyecto (lo que atrae y repele a la vez) del destino de las personas aniquiladas. De la misma manera, esa doble condición del río habría posibilitado su elección para las ejecuciones, su liminalidad mantiene la incertidumbre de lo sucedido. Su carácter fluido no permite tampoco fijar un topos claro de la barbarie. La presencia del río es así obviada, y su insistente presencia se hace fantasmagórica.

El último bloque se torna más explícitamente político y combativo. Se abre con la intervención de Pilar Calveiro quien nos lleva a la singularidad (anomalía) legal de los espacios de excepción paradigmáticos en la historia contemporánea: los campos de concentración nazi, los centros clandestinos de detención y los agujeros negros (los *Guantánamos*) de la guerra contra el terror. Cada uno en su particularidad se conforman para alcanzar un objetivo común: extenuar al recluido bajo diferentes fórmulas espacio-temporales. Si el campo de concentración se define por la ocupación intensiva del espacio, barracones saturados y un ritmo de trabajo que ocupa todo el tiempo, el centro de detención logra un mundo paralelo al cotidiano: a pesar de estar insertado en el propio tejido urbano cotidiano niega sus coordenadas de realidad; por su parte, los agujeros negros suponen una absoluta negación de cualquier referencia espacio-temporal. Los tres responden a pretensiones totalitarias de diferente calado, en donde se evidencia un cronotopo común del poder absoluto.

Y de los lugares que no deberían haber existido pasamos con Gudrun Rath a lugares inexistentes: las ciudades imaginarias que se (re)crean en la literatura. Estas se sitúan en un terreno muy ligado a la experiencia, no por su descripción vívida, sino por servir (al igual que un río) para poder visualizar los problemas sociales de una forma concreta. Los espacios imaginarios diluyen los límites entre el espacio real, el imaginario (imaginado) y el simbólico. Su propuesta se enmarca así en la vindicación de la utilidad de lo intangible como herramienta estético-política para poder llevar a cabo la denuncia, el testimonio o la



acusación, nombrando fuera de marco. La resistencia urbana va más allá de resistir en el espacio.

De esta manera lo aborda Stavros Stavrides en su análisis de las plazas ocupadas, que busca más allá del espacio posible, revelar la persistencia de la estructuras de poder. De ahí el apéndice de su título: "En contra y más allá de la ciudad de los enclaves". Un enclave urbano que viene a convivir con otros muchos enclaves en los que se concentran otras muchas comunidades ad hoc en medios cerrados y controlados en los que determinados individuos y comportamientos son puestos en escena (a la imagen de las colonias, urbanizaciones, y las "gentes de las casitas" que cantara Jara: enclaves biopolíticos). El tejido urbano se entiende pues como un archipiélago de islas urbanas conectadas por un mar común que es medio, frontera y vínculo. Es ese mar, no las islas, lo que establece la unidad de la ciudad y en donde ésta se genera. La ocupación de la plaza sería una forma de establecer un enclave urbano que se sitúa como un verdadero "espacio de excepción", que rompe la normalidad urbana de la ciudad biopolítica.

Se cierra el libro con una entrevista con el geógrafo humano David Harvey en el hotel en el que en 1933 Federico García Lorca se alojó en su visita a Buenos Aires, un homenaje al poeta con el que, me atrevería a decir, se ha abierto (casi inaugurado) el campo del desaparecido en el estado español. Harvey, desde una perspectiva marxista clásica, nos devuelve a la persistente realidad de las desigualdades en el ejercicio del poder político. El control de la población en el espacio urbano se hace más intenso y extenso en la actualidad a través de las prácticas de militarización, policialización y control (¡radiós cámaras de vigilancia, bienvenidos drones!). En este contexto Harvey reclama la capacidad de crear ideas subversivas, que sería ya subversivo en sí. De la misma manera que reclama el ejercicio de la memoria colectiva como fuerza política dado el carácter incontrolable de su contenido y sus consecuencias. Una forma de fatalismo constructivo.

Nos despedimos de un texto plural en sus voces y propuestas pero atravesado por la idea de que las diferentes formas de exterminio desde la violencia estatal se comportaron como aniquiladoras de vidas con la finalidad última de planificar una nueva utopía social, científica y racional. Como las editoras declaran este libro contribuirá a crear un espacio para el aprendizaje mutuo y avanzar en la construcción de redes de resistencia: desde la sociedad civil y desde la academia. Parafraseando a Walter Benjamin, para que el estado de excepción no sea la norma.